

La familia en la educación de la sexualidad de los hijos

The role of family on sexual education of children

Rossmery Arce Delgado

Lucía Peraltilla Romero

Universidad Católica San Pablo, Perú

Correspondencia: rsarce@ucsp.edu.pe

Recibido: 15-08-2019. **Revisado:** 31-08-2019. **Aceptado:** 14-10-2019

Citarlo como: Arce, R., & Peraltilla, L. (2019). La familia en la educación de la sexualidad de los hijos. *Perspectiva de Familia*, 4, pp. 85-95.

Resumen

Por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos, la familia es el lugar por excelencia para la educación, siendo fundamental el rol de los padres para dar lugar a un intercambio donde cada uno contribuye y aprende. Desde la infancia, momento clave para la educación, la guía y orientación que los padres brindan en el seno familiar está llamada a fomentar el establecimiento de hábitos que generen en los hijos una predisposición de su conducta al natural ejercicio del bien y al deleite en este. Por eso, la educación desde la familia también abarca la vivencia de la sexualidad de los hijos, entendida como un aspecto que comunica en distintas dimensiones, pero de manera integral, su identidad y personalidad en desarrollo. En especial, la ordenación de los afectos cobra importancia en la formación de hábitos buenos no necesariamente relacionados con el comportamiento sexual pero que, desde la integralidad del ser de los hijos, se va a reflejar en la vivencia de la sexualidad. Esta formación, junto con la propia reflexión y discernimiento, son esenciales en la vida de la persona. En este panorama, se consideró necesario hacer énfasis en el papel que la familia y, en especial, los padres tienen en la educación integral de los hijos para la sana vivencia de la sexualidad desde edades tempranas.

Palabras clave: Familia, sexualidad, educación.



Abstract

Due to the uniqueness of the relationship of love that subsists between parents and children, family is the place for education by excellence, thus the role of parents is essential to give rise to an exchange where everyone contributes and learns. Since childhood, a key moment for education, the guidance and orientation provided by parents within family is called to establish habits that predispose behavior of children to the natural exercise of good and the delight of it. Therefore, family education also includes the experience of the sexuality of children, which is understood as an aspect that communicates, in different dimensions but integrally, their identity and personality in development. In a special way, the ordering of affections is important in the formation of good habits not necessarily related to sexual behavior, but from the integrality of children's being, will be reflected on their experience of sexuality. This educational background, along with own deliberation and discernment, are essential in a person's life. In this scene, it was considered necessary to make emphasis on the role family plays, especially parents, in the integral education given to children for the healthy experience of sexuality from an early age.

Key words: Family, sexuality, education.

La familia ha sido estudiada por diversas ciencias, tales como la sociología, la antropología, la psicología, el derecho, entre otras. Para tener claro el papel educador de la familia, su estudio necesita como base un verdadero fundamento antropológico y psicológico que tenga en cuenta la totalidad de la persona humana.

Juan Pablo II, en *Familiaris Consortio* (1981), define a la familia como una comunidad de personas, comunidad de vida y amor. También resaltaba que:

La comunión y la participación vivida cotidianamente en la casa, en los momentos de alegría y de dificultad representan la pedagogía más concreta y eficaz para la inserción activa, responsable y fecunda de los hijos en el horizonte más amplio de la sociedad. (n. 37)

Sobre el papel educador de los padres, Juan Pablo II (1981) lo aludía como un derecho que debía ser calificado:

[...] como *esencial*, relacionado como está con la transmisión de la vida humana; como *original y primario*, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos; como *insustituible e inalienable* y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros. (n. 36)

En coherencia, Palet (2008) presenta a la familia como el lugar por excelencia para la educación, basándose en dos premisas. Por una parte, la familia es el primer ambiente en el que la persona se sitúa y se desenvuelve. Por otra, el lazo tan fuerte que une al niño con sus padres permite una estrecha relación de aprendizaje que educa y forma sus facultades en desarrollo. En la constitución apostólica *Gaudium et spes* (Pablo VI, 1966), se tiene en cuenta el mismo punto, viendo a la familia como la «escuela del más rico humanismo» (n. 52, p. 260); y profundiza al decir que el proceso educativo presente en ella es un intercambio entre padres e hijos, donde cada uno contribuye y aprende.

La familia y, en especial, los padres en su papel educador tienen una innegable importancia en la formación integral de los hijos. En este trabajo se busca profundizar sobre cómo este rol se traduce en la educación de la sexualidad, bajo la mirada de los padres guiada por el amor y que busca la comprensión de todas las dimensiones del ser de los hijos.

Sexualidad

La sexualidad es un aspecto complejo del ser humano, que abarca su totalidad y, por lo tanto, necesita de una comprensión integral. De acuerdo con Guerrero (1996), la sexualidad se considera:

Como el conjunto de condiciones estructurales, fisiológicas, comportamentales y socio-culturales que permiten el ejercicio de la función sexual. Abarca nuestros sentimientos, nuestras conductas, manera de expresarnos y de relacionarnos con los demás. En definitiva, es la forma de vivir como hombres y mujeres. (p. 21)

Por otro lado, el Ministerio de Educación, a través de la Dirección de Tutoría y Orientación Educativa (2008), define la sexualidad como:

Consustancial al ser humano, propulsora de vínculos afectivos y la socialización, [...] incluye procesos integrativos, al interior de los cuales se articulan las dimensiones biológica, socio-afectiva, cultural y ética; todas ellas en interacción plena, formando una unidad dinámica durante el ciclo vital de las personas. (p. 12)

La sexualidad, entonces, tiene un componente dado por la naturaleza, una base biológica formada desde la concepción. Sin embargo, no significa que la sexualidad sea un mero fenómeno biológico, pues al mismo tiempo recibe la influencia familiar y social del medio en el que la persona se encuentra; esta interacción tiene un gran papel en la guía del desarrollo de la sexualidad, tal como lo afirma Caricote (2009):



Las y los adolescentes corren el peligro de presentar una visión limitada y negativa de su sexualidad según las condiciones de vida que prevalecen en su ambiente socioeconómico, en las características de la familia, los valores y antivalores que los modelan en su acontecer vital y las diferencias en el tipo de sociedad a la que pertenecen. (p. 416)

La confluencia de biología, influencia social y la integración que la persona hace con sus propios matices personales llevan al individuo a desenvolverse de cierta manera en su medio y con las demás personas. Así, la sexualidad es una expresión del ser personal. Es importante resaltar este punto, ya que la vivencia de la sexualidad no es un proceso biosocial determinado e impuesto al ser humano, antes bien, cada uno es capaz de reflexionar sobre los propios valores y principios que permiten autorregular de forma sana la conducta sexual en coherencia con su ser. Por ello, la sexualidad no se queda en el simple actuar, sino que pertenece y comunica la identidad y la personalidad (Juan Pablo II, 1996).

La sexualidad, como parte integral del ser humano, está sujeta a los cambios propios de maduración natural. Además, al ser un fenómeno transversal, su desarrollo se da en todas las dimensiones de la persona y a lo largo de toda su vida. Desde el nacimiento, el cuerpo humano es capaz de mostrar una respuesta sexual. Esto se observa, por ejemplo, en la relación entre el recién nacido y su madre, pues, al momento de lactar, ambos están en contacto físico que implica todos sus sentidos externos y que genera cierto deleite. Y mientras el niño crece, el contacto físico y la relación que tiene con las personas más cercanas a él van a permitir la formación del vínculo, una especie de lazo muy importante para su desarrollo, puesto que significa sus primeras experiencias de amor y apego emocional que van a ser directrices, no determinantes, para sus relaciones futuras (Shibley & DeLamater, 2012).

Aproximadamente hasta los dos años, la sexualidad de los niños se desarrolla de forma unipersonal y, en cuanto descubren a otros como diferentes a sí mismos, su sexualidad tiende a ser más social. Para los 3 años, el niño ya ha formado los cimientos de su identidad y reconoce su propio género, aunque todavía no conoce claramente la diferenciación genital entre niños y niñas. Desde los 4 o 5 años, muestra mayor curiosidad por aquellos que lo rodean, y en ello se suscitan muchas preguntas sobre la sexualidad. Al mismo tiempo, se vuelve mucho más sociable, y aparecen los juegos de roles matrimoniales y la imitación de comportamientos observados en los adultos. Así, en el jardín de infancia se observan niñas jugando a ser mamás, niños jugando a las peleas y también niños y niñas jugando juntos a la casita, la comidita, etcétera (Martin & Ruble, 2004).

Entonces, el niño a los 7 años ya tiene claras las diferencias de género gracias a la maduración de capacidad de observación de la realidad y la escolarización. Martinson (1994) explicó que para esta edad los niños aprenden las normas sociales

sobre el pudor y el cuidado personal, por lo que son más cuidadosos con el tema, aunque su curiosidad por la sexualidad es patente. No obstante, las respuestas las suelen encontrar en sus clases de anatomía o en suposiciones compartidas con los compañeros de clase. Durante la infancia, todavía se observa que los criterios de belleza tienen más relevancia para las niñas que para los niños; criterios que están en estrecha relación con el medio y cultura que rodea al individuo. Al pasar a la adolescencia, la imagen corporal es muy importante, y muchas veces esta consideración es la que dicta la forma de relacionarse con sus pares (Guerrero, 1996).

A partir de los 9 o 10 años, se inician los primeros cambios corporales que vaticinan la llegada de la pubertad. También se observa mayor atracción hacia otras personas. Paradójicamente, esta es la etapa en que los hombres y mujeres muestran mayor división social. Sin embargo, al llegar a los 11 o 12 años, las relaciones sociales entre hombres y mujeres atraviesan un cambio y los grupos se vuelven más heterosexuados, así como la atracción hacia el otro sexo se hace más fuerte. Esto da paso a las primeras conductas de pareja, que implican, sobre todo, tomarse de las manos, abrazarse y besarse (Shibley & DeLamater, 2012; Williams *et al.*, 2004).

Ya en la adolescencia, a partir de los 13 años, aumenta el interés en la sexualidad, en parte, debido a la influencia de los cambios corporales —no solo externos—, pero también a la elevación de ciertas hormonas importantes en la función sexual. Así, estos cambios corporales a los que se enfrenta el adolescente dan inicio a una serie de funciones sexuales, las cuales consumen tal cantidad de energía que la afectividad se ve afectada. De esta manera, la afectividad infantil va modificándose y se van abriendo paso importantes variaciones de conducta. Frente a ello, el adolescente siente deleite y al mismo tiempo temor. No obstante, la formación que recibió durante su infancia y la propia ampliación del discernimiento y la capacidad de reflexión deben prepararlo para gobernar los deleites venéreos (Roqueñi, 2008). Además, en esta etapa se da con mayor frecuencia el fenómeno del enamoramiento, ya sea por atracción, por imitación o presión social para encajar en un grupo.

Educación de la sexualidad

En cuanto a la educación, primero es importante considerar que los hijos, al ser personas, son un bien en sí mismos y están orientados a la comunicación —basada en el amor— de quiénes son en realidad. Palet (2008) explica que el niño, si bien no ha desarrollado completamente sus habilidades cognitivas, en su naturaleza viene inscrita la *sindéresis*. Es decir, que tiene la capacidad de inclinarse al bien justamente porque corresponde a su naturaleza. Entonces, siendo la familia y el hogar el lugar donde el niño tiene sus primeras vivencias, se inclinará a lo que en este entorno se le muestre como bueno. Es por eso que los hijos reconocen la enseñanza y el ejemplo de sus padres como bueno.



Además, Palet (2008) afirma que el niño reconoce en sí mismo la desigualdad ante la perfección de sus padres, y eso despierta en él admiración y respeto. Todo esto hace que abra su corazón y se deje nutrir por todo lo dado por mamá y papá, mostrándose dócil ante ellos. Esa es la razón por la que los cinco primeros años son fundamentales para formar en él buenos hábitos, alimentados del ejemplo amoroso y coherente. Con el paso del tiempo, sus potencias van desarrollándose, desde el perfeccionamiento de su percepción hasta el despliegue de sus capacidades intelectuales, es entonces cuando se empiezan a ver los primeros frutos de este habituamiento. Así, el niño, desde temprana edad, se va identificando con sus padres y quiere devolverles el gozo que ellos le han proporcionado. Esto lo llevará a manifestar todo lo que ha guardado en su corazón, en su memoria infantil.

Desde esta perspectiva, la educación de los hijos se inicia en la familia, no como una manipulación del pensamiento o comportamiento del niño, sino como una preparación para que logre orientar su conducta al bien y se habitúe a él. Esto se da a través de hábitos que disponen su actuar al bien y que permiten que el juicio, mientras va desarrollándose, tenga una inclinación connatural a buscarlo (Palet, 2008).

La sexualidad, como parte integral del niño, también necesita de la educación amorosa de los padres. Es aquí que cobra vital importancia la formación de hábitos buenos relacionados con la ordenación de los afectos y el deleite por el bien, y no necesariamente con el comportamiento sexual; de tal manera que, durante el crecimiento, pueda manejar los cambios físicos y psicológicos propios de la etapa (Roqueñi, 2008). Los hábitos se forman en la misma dinámica emocional; las cualidades se reflejan en todos los pensamientos, sentimientos y comportamientos de la persona. Así, por ejemplo, el niño que ha adquirido el hábito del orden no solo lo manifestará al ordenar sus juguetes, sino también al jugar con sus compañeros sabiendo compartir y esperar su turno (Diez Canseco, 2011).

En el plano de los hábitos relacionados con la moderación de los placeres del impulso sexual se vislumbran la castidad y la continencia. Estos se relacionan con la templanza y moderan la vivencia de los placeres que en sí mismos no son malos, ya que «cuando no existe una regulación de la razón sobre estos placeres, se desvirtúan, pues se pierde de vista su verdadera finalidad y sentido» (Diez Canseco, 2018, p. 175).

Sin embargo, la educación sexual, relacionada con el ámbito físico y reproductivo, también es un deber al que los padres necesitan prestar atención desde el nacimiento del niño, siempre y cuando sea acorde al interés de este y a su capacidad de comprensión, pero guiada por la verdad. Ambos padres deben aprovechar las preguntas de sus hijos para, primero, brindarles información real y, segundo, establecer un ambiente de confianza en el que ellos entiendan que a sus padres se les puede preguntar y acudir.

Tomando en cuenta lo anterior, la educación sobre la sexualidad no es una acción únicamente propia de la adolescencia, como muchos piensan, antes bien, es un proceso extenso que es necesario comenzar desde que los hijos son pequeños. Una de las enseñanzas más importantes de los padres es aclarar los errores y creencias equívocas que el niño pueda tener (Shibley & DeLamater, 2012), pues, mientras van creciendo, los comportamientos sexuales suelen aparecer antes del conocimiento en sí sobre la sexualidad, por lo que es necesario una guía constante.

No es hasta la pubertad, o un poco antes, que las preguntas son específicamente sobre la actividad sexual (Blake, 2004; Gordon & Schroeder, 1995). Así, Díez Canseco (2018) afirma que, debido a las confusiones y dudas que generan en los adolescentes las distintas experiencias que tienen con el sexo opuesto, la confianza con sus padres y la congruencia entre su forma de actuar y educar «serán su punto de referencia y tomarán en cuenta sus orientaciones a la hora de tomar sus propias decisiones» (p. 176).

Pero, al momento de comprender la sexualidad y, en especial, la educación sexual, las definiciones son variadas y amplias, teniendo como fundamento distintas teorías y concepciones del ser humano y del desarrollo de la sexualidad. Muchas veces se aísla la educación sexual y no se la comprende desde la transversalidad de la sexualidad en el ser personal. En consecuencia, gran parte de los programas propuestos para la educación sexual son, en muchas ocasiones, sesgados. Por mencionar algunos, se encuentran los que se refieren a la abstinencia sexual, aquellos que promueven la postergación sexual, los que promocionan el sexo seguro, entre otros. No obstante, todos ellos por sí solos no contribuyen a la adecuada educación de la sexualidad, a causa de la ausencia de un enfoque multidisciplinario e integral.

Los programas actuales de educación sexual, en su mayoría, tienen dos puntos en común. Primero, promueven, en particular, la necesidad de informar a los niños y adolescentes sobre el funcionamiento fisiológico de ambos sexos, las enfermedades de transmisión sexual (ETS) y el uso de métodos anticonceptivos. Segundo, se enfatiza la necesidad de formar valores, actitudes y habilidades que les permitan resistir la presión o dificultades que se les presenten; de tal forma que puedan iniciar su vida sexual de manera responsable, en el momento que consideren apropiado (Romero, 2006; Organización Mundial de la Salud, 2012).

En el Perú, se ha planteado como objetivo de la educación sexual integral el lograr:

Que los y las estudiantes se desarrollen como personas autónomas y responsables, con conocimientos, capacidades, actitudes y valores que les permitan ejercer su derecho a la sexualidad integral, plena, saludable y responsable, que considera las dimensiones bio-

lógica-reproductiva, socio-afectiva y ético-moral, en el contexto de las interrelaciones personales, democráticas, equitativas y respetuosas. (Dirección de Tutoría y Orientación Educativa, 2008, p. 18)

El modelo actualmente usa tres pilares fundamentales y claros en la definición de sus objetivos: biológica-reproductiva, socio-afectiva y ético-moral. Apunta a una «educación sexual con calidad científica, ética y con equidad» (Dirección de Tutoría y Orientación Educativa, 2008, p. 23). Dentro de los diversos estudios sobre la educación sexual destaca la consideración, común en varios autores, de que los padres tienen un papel importante en la educación de los hijos. Además, se afirma que en la actualidad los padres se involucran poco o nada en este proceso, y son los centros educativos los que abordan con mayor frecuencia el tema (Blake, 2004; Caricote, 2009; Gossart, 1999; Pontificio Consejo para la Familia, 1996; Romero, 2006).

Sobre esto, Shibley y DeLamater (2012) consideran dos razones principales. En primer lugar, los padres y, en general, la mayoría de las personas sienten vergüenza de hablar sobre sexualidad; por el contrario, utilizan eufemismos, insinuaciones o indirectas. La segunda razón es más desalentadora, pues apunta a que la generación actual de padres no recibió una adecuada educación de la sexualidad; esto implica padres desinformados, hijos poco guiados y, a futuro, mayor desorganización respecto al tema. Aunque la mayoría de adultos espera que los adolescentes y jóvenes de hoy vivan una sexualidad responsable (Romero, 2006).

La realidad del Perú no escapa de esta circunstancia. En el 2006 se realizaron una serie de encuestas en las que se concluyó que cerca del 60% de tutores en los colegios sienten que no están lo suficientemente capacitados para tratar temas de índole sexual con sus alumnos; por lo tanto, se sienten inseguros de abordarlos. Por otro lado, el 50% de tutores consideran que la principal limitación para la educación sexual es la mala información u orientación que los padres de familia dan, ya que en muchos hogares el tema de la sexualidad aún es un tabú (Dirección de Tutoría y Orientación Educativa, 2008).

En esta coyuntura, las instituciones educativas han tomado un papel más participativo en la educación de la sexualidad; aunque, sin duda, la educación sexual en los colegios no sustituye aquella que se debe recibir en casa. Gossart (1999) explica que muchos padres de adolescentes manifiestan que sus hijos no hacen preguntas sobre el sexo, y entienden que no sienten curiosidad. Sin embargo, muchas veces, esta situación se debe a que en algún momento sus hijos sintieron que no podían preguntarle sobre el tema a sus padres, y satisficieron su curiosidad con los amigos, los medios de comunicación o simplemente experimentando. Esto genera adolescentes vulnerables y todavía desinformados.

La adolescencia es especialmente una etapa en la que la educación de la sexualidad necesita ser reevaluada. Este es el momento en que todo lo que el adolescente aprendió y vivió pasa por una reestructuración. Ellos atraviesan cambios biológicos y psíquicos que los confunden y, como seres humanos, su necesidad psicológica de seguridad y reconocimiento buscará aferrarse a algo bueno, algo que lo mantenga estable. Son los padres quienes deben cumplir esa labor. Por ello, si hasta entonces en casa no se ha logrado una buena formación en hábitos en los hijos, surgirá la desesperanza de no saber encontrar el verdadero amor y la bondad, lo que dificultará que el adolescente llegue a su verdadera identidad y sus relaciones se vean, de cierto modo, distorsionadas. Si este no ha experimentado el amor real, tendrá grandes probabilidades de caer en un amor deformado, primero hacia sí mismo y luego en sus relaciones interpersonales. Por eso, dice Palet (2008) que «muchos jóvenes intentan ensordecen su angustia de vacío y, así, bajo el pretexto de gratificaciones y emociones excitantes, caen en la malicia» (p. 222). Esta se traduce en un desorden en el apetito, principalmente en el dirigido a lograr bienes arduos.

Se debe considerar que hay muchas actividades familiares que preparan al adolescente a vivir sanamente su sexualidad. Esto implica pasar tiempo en familia, asistir a actividades culturales, practicar actividad física en familia, tener normas basadas en el respeto y la confianza, entre otros, todas enmarcadas en la formación de hábitos saludables. Muchas de estas actividades no se refieren a la educación directamente relacionada con el ámbito sexual, pero sí participan en el desarrollo del carácter de cada miembro de la familia, ya que se dirigen a la educación integral del ser humano. Sin embargo, tendrán mayor efecto si se realizan desde los primeros años de vida de los hijos, envueltos en un ambiente guiado por la verdad y el amor. A medida que van creciendo, se debe ir potenciando la educación dirigida al bien arduo, aquel que no es inmediato. En consecuencia, también es necesario tener en cuenta la formación en la capacidad de espera, que permita una vivencia del acto sexual como manifestación de amor; a través de una preparación previa, conocimiento y tiempo de maduración de la persona. La preparación de la espera constituye «un proceso de aprendizaje» donde el ejercicio de una voluntad madura y el acompañamiento inicial de los padres desempeñan un papel esencial; orientando dicha espera al ofrecimiento a la persona amada de un don de exclusividad, o un «acto de amor anticipado» (Irala, 2013).

En la actualidad, muchos padres se sienten incapaces de dar adecuadas respuestas a sus hijos y han delegado el derecho y deber al Estado y a las instituciones educativas para que sean los principales educadores de la sexualidad, en una sociedad que ha perdido gran parte de la verdad sobre el hombre y sobre el verdadero significado de la sexualidad (Pontificio Consejo para la Familia, 1996). Por ello, la reflexión sobre su rol educador es el punto de partida para alentar y fortalecer su tarea.



Conclusión

El papel educador de la familia en la vida de los hijos desde sus primeros años de vida —no solo de habilidades adaptativas, sino también de hábitos que predispongan a la conducta al natural ejercicio del bien— abarca además la educación de la sexualidad y su dirección hacia una vivencia sana basada en la verdad y el bien.

Muchas veces el entorno ejerce el papel de factor de riesgo cuando la familia no cumple su función de guía y de formación en la concepción de lo que es bueno y aquello que no lo es. Esto resalta la importancia de una correcta consideración de la realidad y un sólido fundamento antropológico que lleve a una educación que propicie la toma de decisiones responsables y correspondientes con la naturaleza del ser humano y de la familia. Es fundamental, sobre todo, el desarrollo de hábitos buenos que permitan a los hijos autorregular su comportamiento de acuerdo con la realidad y orientarlo al bien, y no limitar la educación de la sexualidad a la mera transmisión de conocimientos directamente relacionados con lo sexual.

Resulta evidente, pues, la necesidad de la propia educación de los padres para fortalecer su rol educador frente a los hijos en la comunidad familiar. Para ello, se necesita ver a cada miembro de la familia como un bien en sí mismo, merecedor de amor y verdad, de tal forma que la educación de la sexualidad brindada en casa abarque todas las dimensiones de los hijos.

Referencias

- Blake, J. (2004). *Words can work: When talking with kids about sexual health*. Massachusetts: Family Health Productions, Inc.
- Caricote, E. (2009). La salud sexual en la adolescencia tardía. *Educere*, 13(45), 415-425.
- Diez Canseco, M. (2011). Papel de la familia en la Educación de la Afectividad. *Revista de Psicología*, 1(1), 51-71.
- Diez Canseco, M. (2018). *Educación de la virtud en los ámbitos familiar y escolar*. Arequipa: Universidad Católica San Pablo.
- Dirección de Tutoría y Orientación Educativa. (2008). *Lineamientos para una Educación Sexual Integral*. Lima: Ministerio de Educación del Perú.
- Gordon, B., & Schroeder, C. (1995). *Sexuality: A developmental approach to problems*. New York: Plenum Press.
- Gossart, M. (1999). *No hay lugar como el hogar... para la educación sexual*. Oregon: Planned Parenthood Health.

- Guerrero, N. (1996). La sexualidad femenina. *Sexología y Sociedad*, 2(7), 20-23.
- Irala, J. (2013). *El valor de la espera* (5.ª ed.). Madrid: Ediciones Palabra.
- Juan Pablo II. (1981). *Familiaris Consortio*. Lima: Ediciones Paulinas.
- Juan Pablo II. (1996). *Varón y mujer: Teología del cuerpo*. Madrid: Ediciones Palabra.
- Martin, C., & Ruble, D. (2004). Children's search for gender cues: Cognitive perspectives on gender development. *Current Directions. Psychological Science*, 13, 67-70.
- Martinson, F. (1994). *The Sexual Life of Children*. Westport: Bergin & Garvey.
- Organización Mundial de la Salud. (2012). *Prevenir el embarazo precoz y los resultados reproductivos adversos en adolescentes en los países en desarrollo: Las evidencias*. Ginebra: OMS.
- Pablo VI. (1966). *Gaudium et spes*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Palet, M. (2008). *La familia, educadora del ser humano*. Barcelona: Balmes.
- Pontificio Consejo para la Familia. (1996). *Sexualidad Humana: Verdad y Significado*. Lima: Editorial Salesiana.
- Romero, L. (2006). *Sexualidad y educación sexual irresponsable*. Barranquilla: Editorial Documento.
- Roqueñi, J. (2008). *Educación de la afectividad: Una propuesta desde el pensamiento de Tomás de Aquino*. Navarra: EUNSA.
- Shibley, J., & DeLamater, J. (2012). *Sexualidad humana*. México: McGraw Hill.
- Williams, L., Morrow, B., Lansky, A., Beck, L., Barfield, W., Helms, K.... Whitehead, N. (2004). Surveillance for selected maternal behaviors and experiences before, during, and after pregnancy. *Morbidity and Mortality Weekly Reports*, 52, 1-14.

